

## Inti: Revista de literatura hispánica

---

Number 83

*Vías Transatlánticas: Crítica Latinoamericana  
en la República Checa*

Article 32

---

2016

### **"A+B"**

José María Pérez Zúñiga

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

#### **Citas recomendadas**

Pérez Zúñiga, José María (April 2016) "'A+B,'" *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 83, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss83/32>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

A+B

José María Pérez Zúñiga

A

**Adivinanza:** Todo en esta vida es acertijo: quién soy y quién no soy, de dónde vengo y adónde voy, qué he sido y que seré, qué veo y quién me mira, quién te ha visto y quién te ve, si he hecho o no he hecho, si he dicho o no he dicho, que cuando hablo callo y cuando callo miento, cuando hago no sé si hago y cuando vivo no sé si sueño, acaso ni siquiera he sido, porque aprendo para olvidar y olvido para saber, quiero para renunciar y renuncio para después querer, ¿no será que ni quiero ni sé ni soy?, ¿no será que ni siquiera vivo? De la infancia a la vejez nada hay definitivo, y quizá no sea la propia vida más que una larga adivinanza: un laberinto de bulas y términos de comparación. Tanto aprendiéndolo como desaprendiéndolo todo podríamos llegar a la misma conclusión.

**Agonía:** Llevaba semanas preparándose para las vacaciones, sufriendo y adelgazando, hasta que llegó la huelga de transportistas. Decían que podría durar mucho tiempo, que los alimentos escasearían. Ana no se lo pensó dos veces. Entre el régimen y su escaso sueldo –agotado casi siempre antes de llegar a fin de mes entre ropa, revistas de moda y cosméticos- no podía almacenar grandes provisiones, pero algo, pensaba, había que hacer. Se lio una manta a la cabeza y acudió al banco para sacar sus escasos ahorros. Después fue al hipermercado. Tres carros fueron suficientes: dos para la comida, otro para cremas y revistas, que consideró que estaban bien de precio y contribuirían a paliar tanto sacrificio. Se

las vio y se las deseó para meter la comida en el apartamento, pequeño pero acogedor, como correspondía a una chica ordenada y mileurista. Pero después de un par de horas todo quedó en su sitio. Había dedicado una tarde entera a ser previsora, y eso le hizo sentir bien. Así que por la noche se regaló una ración doble de lechuga y otra de máscara facial antes de acostarse.

El exceso de lechuga suele ser funesto. Ana lo descubrió durante la madrugada, cuando tuvo que levantarse para ir al baño una y otra vez. Pero también había otra cosa: la satisfacción había desaparecido, acaso ahora se trataba de angustia, de un presentimiento. Cuando a las siete se metió en el cuarto de baño después de no haber pegado ojo y encendió la radio, lo comprendió todo: esa misma madrugada, sindicatos, patronal y gobierno habían llegado a un acuerdo. ¡La huelga se había desconvocado! Ana apenas pudo reprimir las lágrimas. Y no aliviaron su congoja la ración doble de crema hidratante y magdalenas, que era lo que solía desayunar. La bollería y los dulces sólo se los permitía muy de mañana –tenía todo el día por delante para quemar el azúcar-, pero añadió media tableta de chocolate, tal era la angustia que sentía. Trató de concentrarse en su trabajo, en no volver a pensar en toda la comida que tenía en casa, rebosando los armarios, las estanterías, la nevera. Se le ocurrió que, por lo menos, esa noche podría hacer de cena algo especial. Desempolvar el libro de recetas que le regaló su madre cuando se independizó, con estas palabras: “Toma, hija. Te aseguro que en algunos momentos de mi vida ha sido el único consuelo”.

Ana se había reído entonces, pensando en los kilos de más de su madre y en el cabrón de su padre, al que nunca había conocido, pero esa noche una sonrisa especial se dibujó en su cara. Cenó solomillo a la pimienta con patatas fritas, croquetas de pollo, los regó con media botella de Rioja, terminó con una tarta de chocolate. Ni siquiera se acordó Ana esa noche de la mascarilla facial, y durmió profundamente, sin sobresaltos ni pesadillas. No hay que decir que a partir de ese día su vida cambió. Tal era su agradecimiento a los transportistas, que se afilió por solidaridad a su sindicato, y al poco tiempo se enamoró de un camionero. Dicen que pronto volverán a subir los precios de los carburantes, pero cuando ellos escuchan la palabra huelga, un pellizco sacude sus corazones. Ana luce ahora rolliza y con un cutis limpio y sonriente.

**Alas:** El niño bajó a la playa y entró en la casa prohibida. La mujer –Eva- le dijo: “Conozco a tu doble. Yo veo tu sombra huida”. Y el niño sintió cómo unas alas le nacían en la espalda y le levantaban, le arrastraban

para perseguir a su sombra que efectivamente huía, allá abajo, en la tierra, siempre un par de pasos por adelante. Pero cuando ya estaba a punto de atraparla, las alas desaparecieron y el niño comenzó a caer. Antes de llegar al suelo, se había convertido en hombre<sup>1</sup>.

**Alien:** A veces  
alguien toca a la puerta.  
"Quién es",  
pregunto.  
"Nadie", contesta.

Pero otras veces  
la misma voz me dice:  
"Soy tú".

**Amistad:** Ambos somos feos. Nos encontramos, al caer la noche, en el borde de la bañera. Antes hemos soportado cataratas, vientos huracanados, canciones desafinadas y ruidosas ventosidades. Caemos por el más alto precipicio, recorremos el cuello y el hombro, nos deslizamos por la espalda y las nalgas y de algunos de nosotros no vuelve a saberse nunca nada, absorbidos por el negro agujero. Otros tenemos más suerte: nos quedamos colgados de un codo, bailamos sobre un pezón, nos agarramos a una toalla o mantenemos este dudoso equilibrio sobre la loza, mi amigo y yo. Él es más largo y más fino, negro e intelectual, por eso se queda callado, mirándome, como tal vez lleva haciendo toda la vida, en la selva de la cabellera. Yo soy pequeño y rizado, simpático y vivaracho, y las mías son selvas más calenturientas, donde abundan la precipitación y los empujones, a veces las palabras delicadas al oído, los gritos escandalosos y los gemidos, los susurros y las caídas al vacío. Algunos de nosotros viven en suburbios agrios y tufosos, pero de esos sabemos poco, pues suelen quedar atrapados para siempre en esa cueva que yo he visto al caer fugazmente entre el pecho y el antebrazo, bajo el hombro. Pero somos capaces de vivir en cualquier sitio: en las piernas, en la nuca, en el culo, en la cara, bajo el ombligo... Qué voy a contarles a ustedes que no sepan, cuando están hartos de raparnos, pinzarnos y cortarnos en pedacitos. Sí, somos dos pelos, y qué. No les importa. Dentro de nada nos barrerán, nos ahogarán o nos incinerarán, como a cualquier otra basura. O quizá no, pues hay bañeras que son de cerdos, guarros o cualquier otro apelativo atávico con el que algunos de ustedes suelen

reconocerse en su naturaleza animal. Ojalá. Porque entonces, mañana, y tal vez pasado mañana también, e incluso puede que el otro, seguiremos mirándolo desde aquí fijamente, mi amigo y yo.

**Amor:** Era el anuncio de una barra de labios. Éstos, muy rojos, ocupaban un gran cartel plantado sobre la acera. Manuel, que caminaba apresuradamente, se paró ante él; tenía un aspecto triste. En sus ojos, muy abiertos, brilló un rastro de esperanza. Y una sonrisa, pellizcada durante un instante por una sombra, se dibujó en su cara. Al rato, Eva se paró a su lado. No le gustó lo que vio: la mujer objeto que debe sumisión al esposo, la mujer-geisha-ama de casa-trabajadora; tal vez una reminiscencia de su reciente divorcio. En ese momento formaban una hidra curiosa: la sonrisa que de feliz parecía estúpida de Manuel; la mueca desagradable de Eva. Entonces llegó Pablo, al principio atraído por la extraña pareja, sólo después por los labios del anuncio, que contempló, extasiado, por encima de sus cabezas. Porque Manolo y Eva no le dejaban acercarse más: llevaban mucho tiempo juntos allí de pie, y se habían cogido de la mano. A Pablo no le importó: empujándolos rompió el lazo para poder besar los rojos labios.

Ninguno de los tres pareció fijarse en el gnomo que había sentado en el pedestal del cartel, con un bote de pintura en la mano. En la parte inferior había dibujado un graffiti: "Ama sólo con la razón".

**Argumento:** Estaba con un libro en la mano. Cerraba los ojos y aspiraba el papel como si fuese un maravilloso perfume, o bien abría el rabillo del ojo para ver perfilarse algunas palabras: cojo, tiempo, que amó, lo dijo, él, pues, tiempo, ella, lo es, todo, sufriendo. No sabía qué podía tener más sentido, si leer el libro desde el comienzo, por el final, o acaso ir pasando las hojas como le gustaba y dejar su significado a la casualidad. Escogió la primera opción: "Me esperaba en el río, como siempre después de la cena". No le gustó y escogió la segunda: "En el agua podía contemplar su rostro como tantas veces, pidiéndome que la besara". Prefirió repetir la operación de las hojas: todo, ella, lo es, tiempo, dijo, él, lo, que amó, sufriendo, cojo. Cerró el libro. Lo dejó en la estantería. Se tumbó en la cama. Cerró los ojos<sup>2</sup>.

\*

Algunos dolores y obsesiones tienen argumento.

\*

A la fatalidad le buscamos siempre un argumento.

**Arquetipo:** El tipo más arqueológico. Es común entre abuelos y políticos. Cuando estos sujetos logran justificar su carácter, se les denomina hombres de Dios.

**Arquitectura:** “Cuando pienso en mi espíritu pienso en mi casa”, decía el rabino. “No quiero que sea perfecta, ni mucho menos; sino cómoda. Si fuese perfecta me resultaría inútil, pues así es como se siente uno ante lo perfecto y acabado: el soplo débil de un dios que no se preocupa. Haz de tu espíritu una casa”, decía el rabino; “pero ni se te ocurra convertirla en espíritu.” Y dicho esto se metió en la suya dando un portazo; y, del golpe, se derrumbó toda la fachada.

**Arte:** Hacer de tu verdad un símbolo. Hacer de ti, como símbolo, una verdad.

\*

Arte y vida: Muerte y sueño.

**Artesano:** El artesano es el mundo.

**Autobús** (ejercicios de estilo): 1. No podía apartar la vista de aquel cogote grande y pelado que, al pasar junto al revisor, justamente cuando la boca farfullaba una despedida civilizada, se precipitó hacia delante, escaleras abajo. Ya en la acera, el cogote se levantó y descubrí que era un hombre. Entonces solté una carcajada. A fin de cuentas, se trataba de mi marido.

2. Cuando tropecé al salir del autobús pensé en mi madre: en la sonrisa que ponía al vestirme por las mañanas, para llevarme al colegio. Pero al caer al suelo, lo único que vi fue el guardabarros de un coche.

3. Cuando salí por fin de la alcantarilla lo primero que vi fue aquel gran culo humano cayendo del autobús y aplastando para siempre mi sonrisa de cucaracha.

4. La mujer se quedó con la boca abierta. El hombre, al caerse del autobús, había incrustado la cabeza en el cartel de las líneas y los horarios. Entonces se tragó la mosca.

5. ¡Qué hija de puta!, pensé mientras tropezaba y me caía y me levantaba y abofeteaba a aquella mujer que se reía de mí mientras esperaba el autobús y acaso ese momento desde que Dios la creara en el Paraíso con una de mis costillas, diciendo: “Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada”.

**B**

**Balón:** (*El balón.*) De niño, jugaba al fútbol en el barrio de Vallecas. Era fácil encontrárselo en el callejón golpeando la pelota contra el muro, una y otra vez. Su padre, un hombre viudo y taciturno que regentaba un taller, le había dicho solemnemente: “Toma. Si eres constante, con este balón te ganarás la vida mejor que yo”. El niño era obediente, y aunque comprendió al instante que su padre no tenía tiempo para jugar con él, desde los cuatro años no hizo otra cosa que darle patadas a aquella pelota de cuero en las calles y plazas del barrio. Pronto, desarrolló una habilidad sorprendente para aplastar lagartijas y moscardones al meter un gol por toda la escuadra de tiza. No hablaba mucho, y por eso tenía fama de huraño, y más cuando te arriesgabas a pasar cerca de él y te llevabas un balonazo en la frente. Pero cuando en el barrio se jugaba un partido, el hermetismo del niño se convertía en elocuencia, y los demás niños le obedecían. Cómo no iban a obedecerle, si cuando cogía la pelota era capaz de regatear a todos los contrarios e incluso a los jugadores de su propio equipo para regatear nuevamente a todos los contrarios y meter por fin un gol. Fue así como el niño comprendió los ritos tribales, los pases en profundidad, la moral y las consecuencias de los actos, decididos con una buena patada. No necesitó estudiar a Aristóteles ni a Nietzsche para jugar en el Rayo Vallecano, geometría para saber de ángulos rectos y escuadras, lengua española para que sus goles fuesen cantados con el tiempo por los hinchas del Real Madrid. Fue millonario y mujeriego –algo le impedía mantener una relación sentimental duradera– y, pasados los años, volvió al barrio de Vallecas para hacerse cargo de su padre, enfermo y solo. Cuentan que apenas intercambiaron un formal apretón de manos, y que el niño –ya una estrella de fútbol– le devolvió aquel balón maltratado que su padre le regalara en la infancia, diciéndole: “Toma. Este balón es nuestro afecto, que circula entre mis pies y tus manos”.

**Banquete:** Veo nuestra primera noche en su boca, la conversación de la cena y las risas nerviosas, las miradas furtivas a mis propios labios y mi cuello, su cuello largo y profundo en el escote verde, el pecho apenas insinuado pero en el que podías introducir la mano para separar sus senos y acariciarlos hasta los pezones puntiagudos, como brotes. Imaginaba cada bocado bajando por ahí, el trago de vino acompañando la carne por el esófago para deshacerse en el estómago, la placidez que la envolvía y el viaje audaz por sus venas, regando su cerebro y su risa. Ah, y cómo reía,

como si la copa se hubiera caído de su mano hasta el suelo, rompiéndose en cristales que yo recogería para reconstruir una vez más su rostro y el deseo, sus palabras llenando la noche y nublando mi cabeza. Era su voz, lo que decía y no decía, lo que pensaba o yo creía que pensaba, y por tanto me obligaba a decir. Y después la conversación se transformaba en otra cosa, en las caricias de sus manos, que eran como guadañas. Y la prolongación, y la pausa, y el hambre, y la espera, y contener en lo posible una única certeza. Veo esa primera noche repitiéndose una vez y otra y otra en sus labios abiertos como tenazas, y el deseo también en sus ojos, risueños, voraces, y el resto el recuerdo, lo que veo ahora. Ahora me deslizo por sus muslos suaves, cálidos aún hasta su vientre y su pecho y su cuello, y me miro las heridas sangrantes, el tajo profundo en la pierna, las manos amputadas. Entrelazaba las suyas bajo su barbilla, donde se formaba un hoyuelo, y encima se formaba una media luna que te invitaba a recorrerla con la yema del dedo, subir por la mejilla y completar la órbita del ojo hasta la frente, y de nuevo el deseo, y el hambre, y el beso suave en la cara y el cuello y la lengua introduciéndose en mi oreja y el chasquido y el dolor. Entonces la risa se convierte en un suspiro, y sus labios forman una súplica. Nos acomodamos en la rama del árbol y le ofrezco ya mi vida entera. Y ella me muerde de nuevo. Y durante un momento se sacia. Mi amor, mi mantis, sólo soy el fuego en tus entrañas.

**Batalla:** Lo que termina con la muerte: de la vida, de una concepción del mundo, del amor.

**Best seller:** En la navidad de 2009, en una de esas cenas absurdas de empresa, pillé una borrachera tremenda; algo que tenía que ver con un jefe incapaz y con mi incapacidad para ser artificial, indirecto o sibilino –esas cualidades que tanto se valoran en las empresas-, y seguirle la corriente. Ante la imposibilidad de caminar recto, hablar con la suficiente fluidez y llegar hasta un taxi, decidí dormir en un hotel cercano al último antro en el que estuve y esperar tranquilamente hasta que se me pasase la castaña. El recepcionista era un tipo joven, alto y de pelo rizado, que me miró despectivamente a través de sus gafas, pensando: “Vaya moña lleva éste”. Así que se quedó con el dinero de la habitación que yo pagué o creí pagar en metálico, pues en el bolsillo tenía el importe de la factura por valor de 42,50 euros y el cambio exacto de un billete de 50 euros que ya no estaba en la cartera. Días después recibí la llamada de un editor al que no tenía ningunas ganas de volver a ver, preguntándome si me había ido sin pagar de un hotel recientemente. Era el 28 de diciembre, y los dos atribuimos a una inocentada lo que sin duda era un torpe intento



por localizarme. Así que llamé al hotel para pedir explicaciones, hablé con el director y le di mi versión de lo que sucedió aquella noche.

Pasó el tiempo, y en el mes de abril de 2010 escribí un artículo en contra del procedimiento iniciado contra el juez español Baltasar Garzón que llevaba por título *Bibataubín*<sup>3</sup>, el nombre de un palacio y una plaza de Granada. Lo publiqué en mi blog, y después de insultarme *hackearon* mi web, borrando la base de datos y sustituyendo mi nombre por la palabra “mentiroso”. Denuncié el hecho, al tiempo que distribuía el artículo entre mis contactos para que se publicase en otros medios y defender así mi libertad de expresión. Estas dos acciones tuvieron dos consecuencias inesperadas: el departamento de delitos informáticos investigó el caso de censura y descubrió que el autor era el joven recepcionista, a la sazón estudiante de informática, despedido del hotel poco después de nuestro incidente, por lo que deduzco que no pagué realmente la habitación esa noche, aunque mantengo una duda razonable; la segunda consecuencia fue que el artículo censurado cayó en manos de Nelson Ruborosa, famoso crítico literario que, como todo el mundo sabe, me ha convertido en un autor de éxito.

Quise buscar al recepcionista para agradecérselo, pues concluí que, a la postre, él había sido el causante de esta cadena de acontecimientos. Pero la policía lo había detenido. Fatalmente, tuve que declarar en el juicio contra él, y el joven informático ex recepcionista fue condenado. Apenas pasó unos meses en la cárcel, pero fue tiempo suficiente para que, estigmatizado para siempre, se quitara la vida. El pobre no pudo soportar mi propia vergüenza por tan tremenda borrachera.

**Bruja:** La nariz tengo de punta,  
y se parece a mi sombrero.  
Monto en una escoba  
que no es para barrer el suelo.

**Bucle:** Exageramos la realidad hasta empequeñecerla, nos exageramos nosotros mismos hasta desaparecer.

## NOTAS

1 *Difícil es combatir el deseo. Lo que anhela lo compra con el alma.* Juan Cobos Wilkins.

2 ¿Qué será más importante, la decisión o la casualidad? No importa demasiado lo que leas. En todos los libros se esconde lo que quieres leer. Y cada lector tiene un único argumento: él.

3 La prueba de que en España no hemos vivido aún una Transición plenamente democrática la tenemos en el auto de procesamiento al juez Garzón, cuyo delito ha consistido en investigar los crímenes del franquismo. Es además una prueba de que buena parte de la clase dominante en la dictadura sigue hoy en el poder, y de que aún son capaces de mover los hilos para silenciar a aquellos que no se conforman con pasar página o creer que la España del régimen es la de series edulcoradas como *Cuéntame*. La verdad es que muy poca gente quiere contar aquí lo que pasó realmente, pues para demasiados significaría resucitar los fantasmas de sus pecados. Los crímenes del franquismo son crímenes contra la humanidad, así que no puede haber amnistía posible, aunque la revistamos de ley: la Ley de Amnistía de 1977, en la que se basa Luciano Varela para acusar a su “colega” de prevaricación. Pero quien prevarica es quien dicta a sabiendas resoluciones injustas, y lo que ha movido al juez Garzón ha sido una cuestión elemental de justicia. Porque a día de hoy, no condenar esos crímenes y rehabilitar a las víctimas equivale a admitir que algo así pueda volver a suceder y que podría entrar dentro incluso de la lógica democrática. Es lo que les estamos enseñando a nuestros hijos, demasiado acostumbrados a ver cómo la política es un juego en el que lo raro parece ser la honestidad. Pero algunas políticas e ideologías conducen a la muerte. Y el juez Garzón puede ser condenado por las demandas interpuestas por unas agrupaciones políticas (Manos Limpias, Falange Española y Libertad e Identidad) que lo último que representan son valores democráticos. Partidos que, por definición, deberían estar fuera del sistema político al igual que los terroristas, y al igual que cualquier organización que promueva valores contrarios a los derechos y libertades fundamentales consagrados en la Constitución. Lamentablemente, nuestra “memoria histórica” es muy distinta. Y todavía es palpable, visible e incluso “sólida” en ciudades como Granada, donde aún podemos toparnos en pleno centro con un monolito erigido en honor de un fascista en la misma puerta del Consejo Consultivo de Andalucía. Quienes lo mantienen no sólo insultan nuestra memoria, sino también nuestra inteligencia. Esa que pretendía asesinar Millán Astray. Como si todavía gritásemos ese necrófilo e insensato “Viva la muerte”. Pero, respecto a los crímenes del franquismo, habría que recordar con Unamuno que, a veces, quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia.